

LI CH'ING-CHAO

OCTAVIO PAZ



Según la opinión general, Li Ch'ing-chao es uno de los grandes poetas de China; para encontrar a sus pares hay que pensar en los clásicos, es decir, en una media decena de nombres: T'ao Ch'ien, Wang Wei, Li Po, Tu Fu, Po Chü-yi, Su Tung-Po y dos o tres más. En cuanto a las otras poetisas: muchas son notables pero ninguna puede rivalizar con ella. Li nació en 1084 y murió en 1151. Su vida coincide con el fin del Imperio Sung, en el norte, y con su reconstrucción en el sur. Un período de guerras, ocupación extranjera, poblaciones enteras que huyen hacia el sur ante la embestida de los tártaros Chin y otros desastres; al mismo tiempo, un gran florecimiento de las artes, la pintura, la caligrafía y la poesía.

Li venía de una familia de letrados de modestos recursos pero distinguida por sus méritos intelectuales. Su padre fue amigo y partidario de Su Tung-Po, poeta, pintor y estadista. Su madre alcanzó alguna notoriedad poética. Joven, a los diez y ocho años, Li se casó con un joven e inteligente letrado: Chao Ming-ch'eng. Fue una pareja bien avenida y su vida transcurrió, durante más de veinte años, entre los placeres de la literatura, las excursiones, el arte, la música, el coleccionismo y la amistad con otros letrados y poetas. La única nubecilla: la rivalidad política entre el padre de Li y el de Chao. El segundo pertenecía a la facción enemiga de Su Tung-Po, llamada de los "reformadores"; al tomar el poder, los "reformadores" destituyeron al padre de Li, que era prefecto en alguna provincia. En cambio, el padre de Chao llegó a ocupar el puesto de Primer Ministro. Ninguno de estos incidentes alteró gravemente el equilibrio de la vida de Li y de Chao. Amantes de las antigüedades, coleccionaron sellos, bronce, manuscritos, caligrafía y pinturas. Su colección de objetos y su biblioteca, según dicen sus biógrafos, llenaban diez salas. Se debe a Chao Ming-Ch'e el mejor estudio de epigrafía e historia de esas antigüedades. Pero en 1127 los Chin avanzaron y ocuparon con relativa celeridad el norte de China. Li y Chao, como miles de refugiados, huyeron y buscaron refugio en el sur. Su casa fue incendiada y destruida su colección.

En el sur, donde la dinastía Sung se defendía mal que bien de los Chin, la pareja encontró acomodo y

Chao, en 1129, fue nombrado prefecto de una ciudad alejada. Nuevo infortunio: Chao murió antes de llegar a su punto de destino; Li lo había seguido y de pronto se encontró viuda, sin grandes recursos y ya no muy joven. Durante unos años vivió una vida errante de ciudad en ciudad, vendiendo las pocas antigüedades que había logrado salvar de la destrucción de su colección. Al fin, en 1134, llegó a la capital de los Sung del sur. Era una figura literaria muy conocida y estimada pero, tal vez debido a sus dificultades materiales, dejó la capital y se instaló con su hermano menor en una ciudad vecina. Se conoce mal este último período de su vida. Sabemos que se volvió a casar; el matrimonio fue infortunado y duró poco. También fue acusada de haber colaborado con los Chin; salió absuelta del proceso. Murió, probablemente, en 1151, ya de edad avanzada.

Li Ch'in-chao es una gran poetisa del amor: uniones y separaciones, intensidad del placer, nostalgia, refinamientos de la coquetería, ausencias, el sentimiento de la naturaleza y, más poderoso aún, el del tiempo que pasa. La visión del amor está indisolublemente asociada a la de la muerte; el goce de la presencia a la desdicha de la ausencia. Su posición oficial obligaba a Chao a ausentarse con cierta frecuencia, de modo que en la poesía de Li las quejas por la lejanía de la persona querida no son un recurso retórico sino que expresan una realidad muchas veces vivida. Las ausencias, así sean cortas, son propicias a la nostalgia y a la aprehensión del fluir irrevocable del tiempo, dos notas constantes en sus poemas. La poetisa resuelve todos estos contrastes psicológicos de una manera sintética, oblicua, alusiva y siempre en una forma límpida y refinada. Doble fuente de la poesía de Li Ch'ing-chao: la intensidad de sus experiencias vitales y la presencia constante de la tradición poética de China. Un lenguaje apasionado sin ser jamás vulgarmente sentimental y en el que, admirablemente, se funden la confidencia y la reticencia. También es notable la manera en que describe los objetos y los incidentes de la vida cotidiana que rodeaban a una mujer de su clase: el ramo de flores de ciruelo, la luna penetrando en la habitación, el peine confidente de su desvelo o de su angustia, el recuerdo de un paseo

en barco, el kiosco de los transportes eróticos... Y el vino. No es extraña su continua mención en los poemas de Li: el vino forma parte de la tradición literaria de China. No es la borrachera a lo occidental sino ese licor mágico que excita el entusiasmo o la tristeza, el abandono o la caída en nosotros mismos. Li no es una poetisa metafísica e intelectual, como Sor Juana. Tampoco una mística. Su experiencia de lo sagrado es la experiencia humana por excelencia: la del amor.

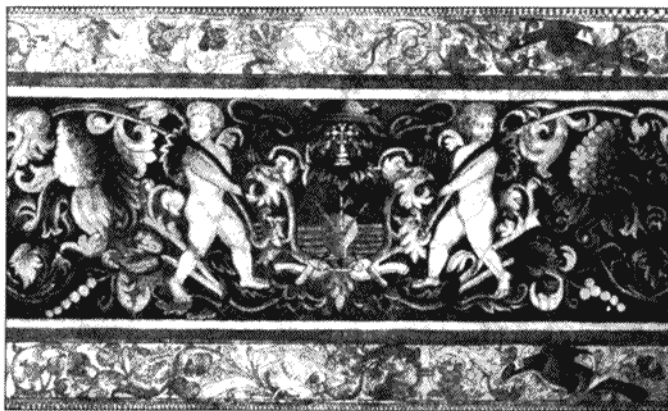
Poetisa del amor, Kenneth Rexroth la ha comparado a dos grandes poetisas eróticas de nuestra tradición: Gaspara Stampa y Louise Labée. Yo añadiría un tercer nombre: Safo. Sin embargo, dos notas separan a la poesía de Li de la de sus hermanas de Occidente. La primera es que en ningún momento aparece en sus

poemas la división entre el cuerpo y el espíritu. La lírica de Occidente está impregnada de platonismo; Li ve como una totalidad al cuerpo y a la mente. La segunda: no hay celos ni recriminaciones. Fusión entre el amor carnal y el espiritual, fusión de la pasión erótica y la vida conyugal. Naturalmente, hay que leer sus poemas con cierta reserva. No son confesiones ni documentos sino creaciones poéticas que, por más personales que sean sus expansiones, se ajustan a un modelo y a una tradición. No obstante, en un punto crucial, la poesía de Li Ch'ing-chao se aparta radicalmente de la tradición poética china: la imagen de la mujer que aparece en sus poemas —ella misma— no es la estereotipada de una víctima pasiva abandonada por su infiel señor, sino la de una mujer con voluntad propia. Cierta, vive dolida por la ausencia *involuntaria* (lo subrayo) del ser querido; agrego que está unida a él en igualdad de circunstancias: el libre albedrío, la comunidad de gustos e inclinaciones. Amor intelectual, amor físico y temura. Está enamorada, sí, pero sabe también que es una mujer amada.

Li dejó unos seis volúmenes de poesía; conocemos sólo una pequeña parte pues la mayoría de sus poemas fueron víctimas del tiempo y sus accidentes, entre ellos

el mayor de todos: la barbarie y la incuria de los hombres. Con la excepción de un grupo reducido de poemas escritos en metros clásicos fijos, lo que tenemos de ella es un conjunto de composiciones, no llegan a sesenta, escritas en metros irregulares y destinadas a acompañar antiguas tonadas extranjeras (*Tzu*). Fue un género muy popular en el período Sung y en el que sobresalieron algunos grandes poetas, como Su Tung-Po. Mi selección es brevísima: cinco poemas y uno más de

dudosa atribución. Suprimí los títulos, que son los de las canciones, porque no le dicen nada al lector moderno, incluso si es de lengua china. Una excepción: conservé el título del poema sexto, *Labios rojos pintados*, por una razón que el lector comprenderá fácilmente. Es un poema de ocho líneas que describe con gra-



Monasterio de Meztitlán

cia y economía una escena de extraña ambigüedad. La protagonista es una mujer muy joven y por esto algunos piensan que su tema son las idas y venidas de una adolescente que descubre la sexualidad. Pero hay otra interpretación, tal vez más exacta: se trata de una joven prostituta. La mención del juego del columpio con sus subidas y bajadas alude al acto sexual; el visitante que se presenta de improviso es un cliente. En suma, es una escena de burdel pero escrita con tal maestría que provoca, simultáneamente, nuestra perplejidad y nuestra simpatía. Todo está dicho y nada se ha dicho. Por su asunto, muchos opinan que este poema no puede ser de Li; otros críticos, en cambio, encuentran que su perfección es una razón para pensar que sí es de ella. Es imposible para mí participar en este debate. Me limito a señalar la maestría, la rapidez del trazo y el amor por los detalles que, sin decir nada expresamente, construyen una situación de singular y ambiguo encanto.

Mis versiones están basadas en las de Eugene Eoyang, Liang Paitchin, Kenneth Rexroth y Liu Ch'ung, K. Y. Hsü, C.H. Kwöck y Vicent McHugh. ♪

MÉXICO, A 22 DE OCTUBRE DE 1996.